

## Luis Politti: un actor

Antonio Marimón

Cuando en el marco de la muestra internacional de cine, el próximo 8 de diciembre se vea en México la película española *El corazón del bosque*, de Gutiérrez Aragón, es posible que en el claroscuro de la historia fílmica —un republicano utópico que se negó a rendir sus armas pese al final de la guerra civil— también se lea otra historia menos visible. Es decir, la del actor que interpreta en la pantalla a ese extraño héroe sin horizontes.

No se trata de la biografía de un gran *divo*, ni siquiera en los sets hispanoparlantes. Es, sin embargo, la vida intensa de un hombre de teatro que, casi sin saberlo, encarna también un destino histórico. Sin duda, nadie que conociera a Luis Politti pensaba que iba a morir a los 47 años en Madrid, de un mal hepático, en el mes de julio de este año, lejos de su país —Argentina— y de buena parte de sus amigos y seres queridos. No lo imaginaba Politti cuando estudiaba técnica teatral en Mendoza con una célebre maestra: Galina Tolmacheva, ni al hacer sus primeros clásicos: Shakespeare, Lope de Vega, Chejov.

No estaba ese destino diseñado en su futuro al iniciar su trayectoria en los escenarios de Buenos Aires, allá por 1964. De esa marcha de poco más de diez años, matizada por infinidad de trabajos actorales, los memoriosos habrán de recordar algunos hitos notables: su participación en *Cremona* de Armando Discépolo, en *Marat-Sada* en Weisa, en *Hedda Gabler* de Ibsen o en *Ivonne, princesa de Borgoña* de Bombrowicz, en este caso bajo la dirección de Jorge Lavelli. Y si es preciso evocarlos en el cine, lo recrearán como *Ladrillo*, el jocosos amigo de Héctor Alterio en *La tregua*; o como el protector de Marilina Ross en *La Raulito*, o será Calamaco en *Los gauchos judíos*, o el protagonista de muchos otros filmes dirigido por hombres como Berlanga, Pontecorvo, Demare o Torres Nilsson.

Pese a ello, hay que reconocerlo, en el ámbito rioplatense Politti no alcanzó la exacta estelaridad de Alfredo Alcón, Duilio Marzio, Alterio o Federico Lupi. A cambio, resul-

ta evidente que era un hombre de escena de raza y por elección, alguien que aunaba el estudio, el rigor, el oficio y una absoluta voluntad profesional. Esa síntesis generó una carrera lenta pero sólida, y algunos momentos escénicos sólo concebibles en un gran actor. Al morir en España, era el único protagonista masculino de *Motín de brujas*, una obra de Benet y Jornet que ponía la compañía de Nuria Espert. Su compañera de elenco María Asquerino en una conmovedora carta de póstuma despedida, reconoció: "eras lo que la gente decía: un gran actor".

Sin embargo, en 1975, casi por accidente, Politti se avino a participar en *Los traidores*, una película de corte político cuyo tema se centraba en el movimiento sindical peronista. Ese solo episodio motivó que, poco después, fuera secuestrado por las fuerzas de seguridad durante dos días, lapso en el que lo sometieron a casi constantes simulacros de fusilamiento. Así, en 1976 marchó al exilio, primero en México y luego en España. En ese instante, los afectos, nostalgias, odios, amores, matrimonios, tristezas, hijos reales e imaginarios, es decir, el drama personal —ahora no escénico— de Luis Politti, se integraba por vías fatales a la historia de su país.

Era un actor preocupado hasta la obsesividad por la práctica social de su profesión; era —dicen quienes lo conocieron— un hombre taciturno, melancólico y afectuoso, asediado por las debilidades, fantasías y culpas propias de una vida. Su relación con la política, fuera del riguroso espacio de su arte actoral, fue casi de ajenidad y lejanía. De hecho, pese a un notorio éxito profesional, su existencia en España no era alegre, como si la doble herida de estos años difíciles, la individual y la histórica, constituyera el papel más comprometedor e insoportable que nunca hubiera enfrentado. A su modo, Politti es un emblema posible —uno de tantos— de la sociedad civil argentina, golpeada, trastocada y acosada por la dictadura y la irracionalidad. El, un actor.